

# Adolescencia

1854





## I

### Nuestro viaje

OTRA vez dos carruajes se hallan parados ante la puerta de la casa de Petrovskoie; el uno es un coche cerrado en que se instalan Mimi, Katenka, Lubotchka, la criada y en cuyo pescante se sienta el propio intendente Iakov; el otro carruaje es una britchka en que tomamos asiento Volodia, yo y el criado Vasili, que hace poco ha pasado al servicio de la casa.

Papá, que dentro de unos días ha de reunirse con nosotros en Moscova, se halla en el dintel de la puerta, con la cabeza descubierta, y hace con gran devoción la señal de la cruz sobre el cristal del coche cerrado y sobre el otro carruaje, y exclama luego:

«El Cristo sea con vosotros!... En marcha!» Iakov y los cocheros se quitan el sombrero y hacen la señal de la cruz. «Oh! oh!... en marcha!» Y los dos carruajes empiezan á rodar casi á un tiempo por el camino enarenado, y los árboles de la alameda grande, uno después de otro, pasan rápidos por delante de nuestros ojos.

No estoy triste: mi espíritu se olvida de lo que atrás deja, para no pensar más que en lo que aguarda. A medida que me alejo de los objetos que me recuerdan los grandes dolores que embargan todavía mi alma y llenan mi imaginación, van perdiendo mis recuerdos su fuerza y van siendo reemplazados por la agradable sensación de la conciencia de una vida llena de fuerza nueva, de frescura y de esperanzas.



Muy raramente habré pasado días—no diré tan alegres, pues tenía vergüenza de mi propia alegría—pero sí tan agradables y tan interesantes como los cuatro días que duró nuestro viaje. Ya no tenía delante de los ojos ni la puerta cerrada de la alcoba de mamá, por delante de la cual no podía pasar sin temblar de pies á cabeza, ni su piano siempre cerrado y al cual no se acercaba nadie y que todo el mundo miraba con cierto temeroso respeto; ni siquiera llevábamos los trajes de luto, pues nos habían hecho poner vestidos de camino; ni tenía á la vista toda clase de objetos que me recordaban incesantemente la pérdida irreparable y me obligaban á cohibir toda manifestación de vida para no herir en lo más mínimo su santa memoria. Durante el viaje, por el contrario, siempre tuve delante de los ojos nuevos sitios pintorescos, nuevos objetos que atraen y cautivan á todo momento mi atención, con la naturaleza primaveral que refuerza en mi alma el agradable sentimiento de la satisfacción del presente y de la esperanza luminosa del porvenir.

Por la mañana, muy temprano, el implacable—como les sucede siempre á las gentes que son nuevos en el desempeño de sus servicios—y excesivamente celoso Vasili nos tira del cobertor de la cama y nos asegura que es hora ya de partir, pues todo está á punto. No valen súplicas ni engaños, ni siquiera fingidos enfados para prolongar un poco la dulce somnolencia de la mañana; en el rostro impasible y duro del nuevo criado se adivina que permanecerá á todo inexorable y que se halla dispuesto á hacernos obedecer á toda costa... No hay más remedio, pues, que saltar de la cama y correr medio vestidos al patio para lavarnos.

En la cocina hierve ya el samovar, y ante él Mitka el postillón, roja la cara como una cereza, está soplando el fuego. El patio está lleno de humedad, y como un tenue vapor se eleva de los montones de estiércol odorante; un sol claro y alegre ilumina el Oriente y las techumbres de los cobertizos que rodean el patio están llenas de rocío y brillan al sol. En el establo están nuestros caballos atados al pesebre y se percibe desde fuera su masticación fuerte y regular. Un perro de larga pelambre que antes de la salida del sol se había dormido sobre un montón de estiércol seco, se levanta y se estira perezosamente, y á pequeños pasos se dirige á la otra parte del patio buscando sombra. La mujer que cuida de aquella parte de nuestra casa, va abriendo las puertas rechinantes, hace salir á las vacas al camino, donde se oyen ya los mugidos del gran rebaño, y de pasada echa algunas palabras á su vecina más perezosa. Felipe, arremangadas las mangas de la camisa, saca del pro-

fundo pozo, por medio de una polea y de una cuerda, un cubo de agua, que echa luego, perdiendo más de la mitad en el camino, en otro mayor que está junto al estanque en donde los patos se bañan ya. Con intenso placer, me quedo mirando el cuerpo vigoroso de Felipe, con su fuerte barbilla y sus hinchadas venas y grandes músculos, que se dibujan con mucho vigor en sus brazos desnudos y robustos en cuanto hace el menor esfuerzo.

Tras la ventana del cuarto donde han dormido Mimi y las niñas, y donde estuvimos hablando toda la velada, se escucha ya gran movimiento... Finalmente, ábrese la gran puerta, y nos llaman para tomar el té.

Vasili, llevado por su celo casi siempre intempestivo, entra á cada dos por tres en nuestro cuarto, toma ahora una cosa, ahora otra, nos hace señas con los ojos y no cesa de suplicar á María Ivanovna que se apresure lo posible.

Los caballos están ya enganchados y manifiestan su impaciencia agitando de vez en cuando sus sonoros cascabeles. Los sacos, las maletas, los mundos, grandes y pequeños, están ya colocados en su sitio, y nosotros vamos también á instalarnos en nuestros respectivos asientos; pero vemos enséguida que no será tan fácil la empresa, pues hallamos los carruajes enteramente ocupados por toda clase de embalajes, de tal modo que no acertamos á ver cómo se pudo meter todo aquello allí la noche antes, y menos aun cómo podremos nosotros tomar el debido asiento; finalmente, estaba ya en mi sitio cuando traen todavía una caja conteniendo un servicio de té, con una cubierta triangular, la cual caja quieren meter debajo de mi asiento, con lo que llega al colmo mi desesperación por tantas incomodidades. Pero Vasili me dice que todo se arreglará y me veo obligado á creerlo así.

El sol va elevándose por encima de una grande y compacta nubecilla blanca que cubre todo el horizonte por el lado del este y todo el campo se ilumina con una dulce y agradable claridad. Todo se muestra bello y atrayente entorno mío, y mi alma siéntese ligera y sosegada... La carretera, atravesando los campos, extiéndese como una inacabable cinta ante nosotros y se alarga hasta perderse de vista en medio del verdor de la campiña cubierta toda ella de reluciente rocío; á veces se levanta al borde del camino un pequeño arbusto de apretadas hojas que extiende por el suelo su sombra alargada é inmóvil sobre los terraplenes de la carretera ó sobre la yerba fina y verde de los campos... El monótono rodar de los carruajes y el cascabeleo de los caballos no logran apagar el alegre canto de las golondrinas que revolotean por encima de



nuestros carruajes. El olor á polvo y aún de no sé qué clase de ácidos, que en el interior de nuestra britchka se respira, es dominado por los suavísimos perfumes de la mañana, y todo junto hace experimentar á mi alma una especie de agradable inquietud, el deseo de hacer algo, de ocuparme en algo, indicio seguro de un intensísimo placer.

No pude antes de salir de casa lograr bastante tranquilidad de espíritu para hacer una buena plegaria, y cómo había ya observado varias veces que los días en que me olvidaba, por una circunstancia



cualquiera, de cumplir con este deber religioso, me sucedía alguna desgracia, quise reparar entonces mi falta: me quité la gorra, me acurruqué en el rincón de la britchka en que me hallaba, y dije las plegarias de la mañana, haciendo finalmente la señal de la cruz de manera que no me vieses; pero mil diversos objetos me distraían continuamente, de modo que muchas veces seguidas fui repitiendo unas mismas palabras de la plegaria...

He aquí que, por el caminillo que corre á lo largo de la carretera, se ven venir varias personas que marchan lentamente: son peregrinos. Llevan cubierta la cabeza con unos trapos nada

limpios; á la espalda llevan una especie de alforjas fabricadas con corteza vegetal; las piernas envueltas en tiras de trapos sucios y rotos y en los pies los pesados *lapti* (1). Mueven todos con cierta regularidad sus bastones y apenas si se vuelven á mirarnos; con paso lento y pesado avanzan uno detrás de otro, y yo me pregunto: «¿Dónde irán y á qué? Será muy largo su viaje? Las alargadas sombras que proyectan en el suelo alcanzarán pronto á la del arbolillo que tanto me ha gustado há poco?»

Luego, nos cruzamos con un gran carruaje de postas, tirado por cuatro caballos que avanzan á escape; no transcurren más que dos segundos y los rostros que á la distancia de algunos pasos nos miraban á nosotros con viva curiosidad han ya pasado, y yo me quedo sorprendido de que aquella gente no tenga nada que ver

(1) Calzado especial de madera que llevan los campesinos rusos en algunas regiones.

con nosotros y á la cual probablemente no volveré á encontrar jamás, habiéndonos cruzado sólo un punto en nuestra vida.

Más adelante, vemos marchar á buen paso á lo largo del camino que bordea la carretera, dos caballos muy velludos y llenos de sudor, con el collar y los arneses puestos; detrás va un joven postillón montado en otro caballo y dejando caer á lo largo sus piernas; con el sombrero de fieltro echado sobre una oreja va tarareando una especie de triste canción. Su rostro y su postura expresan una tan grande indolencia y descuido que en aquel momento ser postillón, ir de aquella guisa montado y hacer camino cantando, me pareció á mí el colmo de la felicidad...

Allá lejos, á la otra parte del torrente se descubre, destacándose sobre el claro azul del cielo, una iglesia campestre con su techumbre verde; enseguida vemos el pueblecillo, levantándose de en medio de él como una gran mancha roja el techo de la casa señorial con el gran jardín que la rodea. Quién vive en esa casa? Habrá niños también, con padre y madre... y con su preceptor? Por qué no nos detenemos en esa casa para trabar conocimiento con sus dueños?

De pronto nos cruzamos con una larga fila de pequeños carros, tirados cada uno por tres caballos de buena presencia, que nos obliga á separarnos un poco del camino. «¿Qué lleváis?» pregunta Vasili al primer cochero, el cual no hace más que agitar el látigo y dirigiéndonos una larga y estúpida mirada nos contesta cuando es imposible ya que se le oiga. «¿Qué mercancía traéis?» grita Vasili al cruzarse con el segundo carro, guiado por un hombre todo envuelto con una especie de flzada nueva; tiene el pelo rubio, el rostro muy encendido y escasos pelos en la barbilla; saca un momento la cabeza fuera de la envoltura, nos dirige una mirada indiferente, llena de menosprecio y se esconde de nuevo... Y yo me quedo pensando que tal vez aquella gente no sabe quienes somos, de dónde venimos ni á dónde vamos.

Y así me paso más de una hora y media metido en las más hondas y más diversas reflexiones, sin fijarme ya en los números marcados en los postes del camino. Pero, el sol comienza á calentar excesivamente mi cabeza y mis espaldas; aumenta el polvo del camino, la tapa triangular de la caja de té empieza á incomodarme de veras, y procuro cambiar de posición; siento mucho calor, no estoy bien de ninguna manera y me aburro. De pronto, fijo toda mi atención en los postes y en las cifras que llevan, y voy haciendo diversos cálculos matemáticos acerca del tiempo que nos faltá para llegar al término de la jornada. «Doce verstas son el



tercio de treinta y seis, y hasta Lipetz hay cuarenta y una verstas; entonces tenemos hecho ya un tercio de camino, menos...

—Vasili,—le digo cuando advierto que va dormitando,—déjame pasar al pescante.

Consiente Vasili en ello y cambiamos de sitio; enseguida se pone á roncar y se estira tan guapamente en el interior de la



britchka que apenas deja sitio para nadie. Desde la mayor altura en que voy ahora, se descubre el más hermoso panorama, y empiezo el estudio de nuestros cuatro caballos... haciendo las más hondas reflexiones sobre el color y las cualidades de cada uno, hasta en los menores detalles. Pero, por qué habrán enganchado hoy á Diatchok á la derecha y no á la izquierda,

como otras veces?... y se lo pregunto tímidamente á Felipe.

—Cómo Diatchok?—me contesta distraído.

—Y Levaia, paréceme que no se esfuerza nada en tirar,—prosigo diciendo.

—No puede ir á la izquierda Diatchok,—me contesta al fin el cochero sin hacer caso de mi segunda observación.—No es caballo que se pueda enganchar á la izquierda. A la izquierda hace falta siempre un caballo que sea caballo, no una bestia como él es.

Y al decir esto, Felipe se inclina á la derecha y tirando las riendas con todas sus fuerzas empieza á dar de latigazos á Diatchok, en la grupa y en las piernas, aunque es evidente que el pobre Diatchok arrastra casi él solo el carruaje. Felipe hace esto todas las veces que siente necesidad de dejar en paz el peludo casquete que incesantemente, no se sabe por qué, se écha ya sobre una oreja ya sobre otra...

Aprovecho este favorable momento para pedir á Felipe que me dé las riendas, y me da primero una, después otra, y finalmente las cuatro riendas y hasta el látigo pasan á mis manos, y en el mismo momento siéntome el más feliz de los niños. Yo me esfuerzo lo más que puedo en imitar á Felipe y le pregunto si lo hago bien. Pero de todo este juego resulta, como era de esperar, que no hago nada á derechas, que un caballo trabaja demasiado y que el otro apenas tira, y acaba por pasar su brazo por delante de mi pecho y por tomarme las riendas de la mano. El calor va aumentando todavía, las nubes que no han abandonado aun el horizonte, comienzan á hincharse lo mismo que pompas de jabón, van elevándose poco á poco y toman un tinte gris oscuro. Por la ventanilla del coche que corre delante de nosotros se ve salir una mano sosteniendo una botella y un pequeño paquete, y Vasili, con una destreza admirable, salta del carruaje en marcha y nos trae pan tierno, queso y *krass*. Al llegar á una gran pendiente, bajamos de los carruajes y corriendo, avanzándonos los unos á los otros, llegamos al puente, mientras Vasili y Iakov cogidos á las ruedas de los coches, tratan de evitar su bajada demasiado rápida, aunque no sé si por ellos solos hubieran podido lograrlo, de no llevar enganchados los caballos. Después, con el permiso de Mimi, naturalmente, Volodia y yo nos instalamos en la calesa y las niñas ocupan nuestro sitio en la britchka, que según ellas, y tenían razón, es mucho más alegre, causándonos, sin embargo, á todos el cambio gran contento. En las horas de mayor calor, al atravesar un pequeño bosque, saltamos del coche Volodia y yo, y nos entretenemos en cortar algunas ramas verdes con las cuales formamos una especie de pabellón por encima de la britchka. Al ver Lubotchka avanzar aquel toldo moviente lanza agudísimos gritos, cosa que no deja nunca de hacer todas las veces que algo le causa un placer muy grande.



Y con esto llegamos á la vista del pueblo donde hemos de comer y descansar, percibiendo enseguida el olor especial de las poblaciones rurales; pronto



llega también hasta nosotros el rumor de las conversaciones, el chirriar de las carretas... y observo que los cascabeles de nuestros caballos ya no suenan lo mismo que en plena campiña; á uno y otro lado van desfilando largas hileras de izbas con techo de paja seca y portal de madera tallada, con pequeñas ventanas, por las cuales aparece, aquí y allí, el rostro de alguna mujer curiosa... Por delante de los coches saltan y brincan los niños y niñas del pueblecillo; en camisa los más de ellos, con los ojos grandemente abiertos, se quedan de pronto inmóviles al paso de los coches, ó corren como diablillos por entre la polvoreda con sus pequeños pies descalzos... y á pesar de los grandes gestos y de las amenazas de Felipe corren detrás de los coches y aún tratan de encaramarse en ellos... De pronto salen de todos lados toda clase de hospederos, y rodeándonos, con palabras y con gestos los más amables tratan de llevarse á su casa á los viajeros... Se abren de par en par las puertas de una de las hospederías, pasan los botones de las ruedas rozando la madera y entramos en el anchuroso patio. Ya tenemos por delante cuatro horas de descanso y de libertad!



## II

### La tempestad

EL sol se inclinaba ya hacia el horizonte, y sus rayos oblicuos pero muy ardientes, calentaban mi cuello y mis mejillas de un bien poco agradable modo; no se podía poner la mano en los bordes de la britchka, pues quemaban lo mismo que hierro candente; una gran polvoreda llenaba el camino y parecía hasta respirarse, y no se sentía el menor movimiento de aire que lo arrastrase lejos. Delante, siempre á igual distancia, balanceábase monótonamente la grande y polvorienta caja de la calesa, tras la cual aparecía raramente el látigo que el cochero agitaba, y también el sombrero de éste y el gorro de Iakov. Yo no sabía qué hacer ni en qué pasar el tiempo; ni el rostro de Volodia, lleno de polvo, y dormitando á mi lado, ni el balanceo regular del cuerpo de Felipe, ni la sombra alargada de nuestra britchka que, formando un ángulo agudo, se arrastraba por detrás, nada lograba sacarme de mi profundo sopor... Toda mi atención la ponía en el poste que divisaba allá lejos ó bien en las nubes que, si andaban poco há dispersas por el cielo, se iban juntando ahora y tomaban tintes sombríos, amenazantes, reuniéndose en una sola é inmensa nube negra. De vez en cuando llegaba hasta nosotros el rumor de un trueno lejano, y esta circunstancia sobre todo aumentaba en mí la impaciencia de llegar cuanto antes á alguna hospedería ó albergue. La tempestad me ha